

MEMORIAS CIENTÍFICAS I LITERARIAS.

RELIGION.—Elojio del canónigo don Manuel Parreño; necesidad de asociaciones católicas.—Discurso de incorporacion a la Facultad de teología, por el presbítero don Domingo Ortiz, en sesion de 20 de marzo de 1877.

Señores:

Llamado, sin mérito alguno de mi parte i solo por un acto de vuestra benevolencia, a ocupar un asiento en esta digna Facultad, mi primera palabra debe ser un voto de gratitud por la distincion con que me habeis honrado i una promesa sincera de contribuir con mi pequeño contingente a la realizacion de los altos fines que tiene en vista la Facultad de teología. Ese contingente será pequeño, pequeñísimo, lo digo con franqueza; pero será todo el que pueden prestar mis fuerzas.

Pagado este tributo de mi corazon, diré unas pocas palabras sobre mi digno predecesor, el señor canónigo don Manuel Parreño.

Como vosotros mui bien lo sabeis, el señor Parreño, siguiendo las huellas del Divino Maestro, pasó su vida haciendo el bien: el amor a Dios, el amor al prójimo, fueron el ideal de su jeneroso corazon; i esto desde sus mas tiernos años. Nacido en San Felipe de Aconcagua el año de 1823, de los señores don Lorenzo Parreño i doña Dominga Castro, hizo sus primeros estudios en el Seminario de esta ciudad, en donde junto con el amor de la ciencia se desarrolló en él, el amor a la virtud. Continuó después las humanidades en el colejio que rejentaba en ese entonces el presbítero don Juan de Dios Romo. Después siguió el curso de derecho, hasta obtener el grado de ba-

chiller en la Facultad de leyes i ciencias políticas, el 14 de marzo de 1846. Los estudios sobre teología los hizo con bastante aprovechamiento en la iglesia de la Compañía, bajo la direccion de un sabio i piadoso profesor (1). Ordenado de sacerdote el 3 de junio de 1847, supo corresponder a las abundantes gracias que habia recibido en la sagrada ordenacion. Desde entonces, principalmente, puede decirse que el señor Parreño no se perteneció a sí mismo: la celebracion del divino sacrificio, la recitacion de las horas canónicas, la predicacion de la divina palabra, la administracion del divino sacramento de la penitencia, absorbian casi todo su tiempo.

Acostumbrado a escuchar la voz de sus superiores, como la voz del mismo Dios, no rehusaba las ocupaciones que aquellos le imponian; i con la misma buena voluntad con que aceptó el cargo de capellan de la Compañía el 1.º de setiembre de 1853, aceptó el de oficial primero de la secretaría arzobispal el 3 de julio de 1851.

El año de 1871 falleció el virtuoso capellan del monasterio de Santa Clara, presbítero don Justo Pastor Argote, i fué llamado a reemplazarlo el no menos virtuoso don Manuel Parreño. En la misma fecha fué nombrado provicario del arzobispado, i el 4 de febrero de 1862 i 13 de enero de 1865, 12 de enero de 1870, 1.º de julio de 1870, 17 de enero de 1871, fué nombrado vicario jeneral interino con subdelegacion de todas las facultades delegadas por la Santa Sede, al ilustrísimo i reverendísimo señor arzobispo. Tambien ejerció el cargo de provisor oficial; puestos todos que al par de ser una prueba evidente del gran aprecio i confianza que hacian de él sus preladados, son un testimonio irrefragable de su virtud e ilustracion.

El 17 de marzo de 1862 i el 15 de mayo de 1865 fué

(1) El señor don Joaquín Larrain Gandarillas, actual decano de la Facultad de teología.

nombrado miembro de la junta de inspeccion de ordenados.

El 22 de agosto de 1862 fué nombrado visitador de la cofradía del Santo Sepulcro; el 17 de julio de 1863, párroco de San Isidro, i el 9 de noviembre de 1864 superior de las casas de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor.

No solo prestó sus valiosos servicios en la ciudad arzobispal, sino que tambien fuera de ella. Recientemente ordenado, sirvió con mucho celo i aprovechamiento de las almas el cargo de teniente-cura de la iglesia Matriz del Salvador de Valparaíso, parroquia que era rejida por el ilustrísimo señor Maglioris Doumer, obispo de Juliópolis. Posteriormente i hasta 21 de diciembre de 1855 desempeñó el delicado cargo de secretario del señor obispo de la Concepcion, doctor don José Hipólito Salas. Nada mas grato i recomendable, a la par que altamente honroso, que la nota en que este ilustre prelado de la iglesia china, acepta la renuncia que, del cargo de secretario, hizo el señor Parreño. Nombrado cura de Santa Rosa de los Andes, fué el ángel de paz i de caridad en esta parroquia. La reconciliacion de las familias, el esplendor del culto, la instruccion del pueblo, la moralizacion de las costumbres, el socorro del indijente: ved ahí sus principales cuidados. La satisfaccion de cualquiera verdadera necesidad tenia derecho a los productos de sus beneficios, menos sus necesidades personales, que eran satisfechas por sus deudos. Su separacion de los Andes, fué la partida de un padre, que hacia la felicidad de sus hijos. Todos sin escepcion, desde el supremo majistrado de la república hasta el último de sus parroquianos, lamentaron esa separacion.

Finalmente, el año 1863 la iglesia lo llamó a ocupar un asiento en el coro metropolitano. Era canónigo de merced, cuando la muerte lo arrebató a la iglesia i a la patria el 15 de junio último. Al terminar su carrera el se-

ñor don Manuel Parreño pudo decir con el apóstol de las jentes: *Bonum certamen certavi*. Sí, peleó una buena pelea, i su alma voló a recibir la corona de justicia (2).

Tal fué, señores, la vida del señor Parreño, antiguo miembro de esta Facultad.

Entre las várias ideas que han ocupado mi mente, i que podria desarrollar, para dar cumplimiento a los estatutos universitarios, me ha parecido preferible la de hácer ver la conveniencia i necesidad de las asociaciones católicas para contener el mal que hoi aqueja a las sociedades i esparcir la verdad.

Léjos de mí la loca pretension de querer ilustrar vuestras intelijencias. Nó: ni por un momento siquiera ha asaltado a mi mente semejante idea. Bien sé yo que todos vosotros sois soldados aguerridos en pelear las batallas de la verdad contra el error, de la virtud contra el vicio, de la verdadera civilizacion contra la ignorancia i el retroceso. Mas que para otra cosa, he elejido este tema para manifestaros lo que pienso acerca del estado actual de la sociedad i de los medios que deben aplicarse para sanarla.

Mui digno de terrible anatema seria, a los ojos de la inmensa multitud, el que se atreviera a negar que el presente siglo es el siglo de las luces. Sin embargo, por poco que se reflexione, se comprenderá fácilmente que si bien esto es verdad en las artes i en algunas ciencias, como las naturales, físicas i matemáticas, no sucede lo mismo con las sociales, políticas i morales. Pueblos i gobiernos, sin comprender sus verdaderos intereses, trabajan por desviar a la sociedad de su verdadero camino; por

(2) San Pablo. *Epístola a Timoteo* Cap. IV, v. 7 L8.

hacer descender la política de la elevada rejion de los principios; por reemplazar los eternos principios de la moral con asuntos de cálculo.

La iglesia, con su autoridad infalible, con su poder suave sin debilidad, fuerte sin despotismo, habia, por decirlo así, encarrilado la marcha del individuo i de la sociedad, les habia enseñado su orijen i su fin i los medios de llegar a éste. Habia abierto el código divino i habia mostrado a los gobiernos el orijen de su poder i la fuente de sus obligaciones; i a los pueblos el principio de sus derechos i la causa de sus deberes. «Dios dice a los pueblos en la santa escritura, segun un sabio escritor, por mí reinan los reyes; i a los reyes no juzgueis para no ser juzgados, a fin de establecer a un mismo tiempo el orijen divino de la soberanía i el derecho divino de los pueblos (3).

Pero la autoridad ha querido abdicar su noble orijen para irlo a buscar en las muchedumbres a quienes queria esclavizar; i estas se han dejado aprisionar con esposas i cadenas con tal que las llamen soberanas. ¡Tan fácil es el que el hombre se deje arrastrar por deslumbrantes apariencias!

La iglesia no inventa ni frabrica nuevos dogmas, ni puede inventarlos o fabricarlos. Testigo, maestra i juez infalible de la verdad, tiene que consultar los oráculos divinos i ajustar a ellos sus enseñanzas.

Las escrituras sagradas i las divinas tradiciones son, por decirlo así, la fuente endonde bebe sus doctrinas. Pues bien, en esos sagrados libros i en esas divinas tradiciones encuentra la doctrina que reinar es servir; que los pueblos no son patrimonio de los gobernantes, ni cosa de que estos pueden disponer a su antojo para su propia utilidad; sino que por el contrario, las autoridades son

(3) De Maistre. *Del papa*. Tomo II. lib. III, cap. IV.

constituidas en utilidad i provecho de los pueblos: i hé ahí la razon, por la cual a estos les incumbe la obligacion de pagar los tributos, i rendir obediencia, amor i respeto a los que por ellos tienen el deber de sacrificarse; i que sobre los soberanos i sobre los pueblos está el Rei de los reyes i Señor de los que dominan.

Esta doctrina, no es difícil comprenderlo, lejitima la autoridad i ennoblece la obediencia; contiene el despotismo de los soberanos i enfrena la anarquía de los pueblos.

Levantando a la mujer del profundo abismo en que la habian sumerjido las doctrinas del paganismo, hizo de ella la iglesia católica la compañera del hombre i no la esclava; le dió a conocer la noble mision que estaba llamada a desempeñar en la sociedad doméstica, i le confió el doble cargo de nutrir el cuerpo físico del individuo i de arrojar i de hacer jermínar en el corazon de éste los primeros deberes morales para con Dios, para consigo mismo i para con sus semejantes.

Los obispos, verdaderos sucesores de los apóstoles, i a quienes el Espíritu Santo colocó para rejr la iglesia de Dios, (4) no cesan de predicar estas doctrinas i de sostener a los fieles contra los falsos apóstoles del error; i no con la palabra sola les enseñan, sino tambien con el ejemplo. No puede ciertamente decirse de ellos lo que Jesucristo decia de los escribas i fariseos: *Dicunt et non faciunt*. Hablan; pero sus palabras no están en conformidad con sus hechos. Nó: el Episcopado católico ofrece en nuestros dias el espectáculo mas admirable de valor i heroismo, de ciencia i de virtud; i ni los suntuosos palacios con sus encantadoras riquezas; ni los enervantes placeres con sus seductores halagos; ni las cárceles con sus terribles aparatos de pesadas cadenas, de patibularios compa-

(4) 1.º S. Petri, cap. V. v. 20.

ñeros i de tristes i prolongadas noches son bastantes para detenerlo en el cumplimiento de su deber. Colocado cual antorcha reluciente en la cima de la montaña, es luz para el extraviado, aguijon para el cobarde, estímulo para el valiente i aliento para el intrépido. Echemos sino, una mirada a lo que pasa en Europa, i en América. Toda la sabiduría del siglo, las intrigas de la diplomacia i el poder de los ejércitos se estrellan contra la enerjía de esos hombres de Dios que al repetir el *Non possumus* de los apóstoles, cuando se les intima el cumplimiento de leyes iníquas, nada temen; porque para ellos no hai mas patria que el cielo, i es la tierra un triste destierro, i los bienes de este mundo una pesada carga.

Sin embargo de ser esto una verdad innegable, vemos a la iglesia oprimida, a su jefe supremo aprisionado, al sacerdote vilipendiado, al dogma conculcado, la moral desterrada de las leyes i de las costumbres, proscriptos los dictados de la justicia i del derecho, i triunfantes el error, la injusticia i la fuerza bruta. ¿Cuál es la causa de todo esto? La indolencia de los católicos, su falta de union i de enerjía: no batallar sin cesar las batallas del Señor.

Dios quiere la independencia de su querida esposa la iglesia, la libertad de su pontífice, el honor del sacerdocio, el triunfo de la verdad i de la justicia en el individuo i en la sociedad; pero quiere tambien que nosotros cooperemos a la realizacion de estos altísimos fines, contando con los ausilios de lo alto que no nos faltarán. Esto nos enseñan las inspiradas páginas, lo dicta la razon i lo confirma la esperiencia. Hagamos pues, lo que Dios exige de nosotros, i Dios no nos faltará con lo que necesitamos de Él.

Milicia es la vida del hombre sobre la tierra, ha dicho el santo Job (5). Sí: el campo de la iglesia es un verda-

(5) Job, cap. VII, v. 17.

dero campo militar en que hai jefes i soldados, súbditos i autoridades; pero en que todos tienen que pelear. Nadie, absolutamente nadie se exceptúa de la pelea; no hai excusa posible. Ni el sacerdote ni el lego, ni el sabio ni el ignorante, ni el noble ni el plebeyo, ni el rico ni el pobre, ni el robusto ni el débil pueden considerarse exceptuados. Esta guerra no es, ni puede ser puramente defensiva; es i debe ser ofensiva. En estas guerras es donde tiene cabida en toda su estension el *vix victis* de los antiguos romanos: ser vencido en estas batallas es la mayor de las desgracias que puede sobrevenir a un cristiano; porque en ellas se trata de los intereses del alma.

Nacemos para el trabajo, para la lucha, para la milicia; apenas nacemos i ya vemos al enemigo i sus tropas i sus armas que de todas partes nos rodean, i esta lucha es tan prolongada como nuestra existencia; i apenas, si hai, un momento de tregua.

Séneca ha dicho: (6) *Tenemos que militar i en un jénero de milicia en que nunca hai descanso, nunca ocio.* Pero antes que la autoridad de Séneca i antes que cualquiera otra autoridad, está la autoridad de Jesucristo que nos dice: (7) *El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, i tome su cruz todos los dias i sígame.* I nótese que el testo evangélico habla de una lucha que ha de durar dia a dia: *Quotidie.*

Háse introducido entre los católicos un error, que tiene apariencias de verdad, i que por esto mismo es de peores consecuencias: creer que se ha hecho lo bastante en cumplimiento del deber con llevar una vida arreglada i no mezclarse en las luchas ardientes que ajitan a la sociedad. Esta especie de egoismo está, sin embargo, en abierta pugna con la divina doctrina de Aquel, que dijo: *que*

(6) Epístola 5.

(7) San Lucas, cap. IX, v. 23.

no habia venido a meter paz sino espada (8). Esta espada con que todos tenemos que luchar es mui diversa de la que usan nuestros enemigos. La nuestra es i debe ser una fé firme, una inquebrantable confianza, una caridad ardiente, i dando a todo esto por base la humildad. Segun fueren nuestros enemigos, así será la espada de que nos valdremos; i nuestros enemigos son el demonio, príncipe de las tinieblas, son los amadores del mundo, son los impios i los inícuos (9). Ese torpe egoismo, répito, de cuidar de su personalidad propia i no de la de los demás, no tiene otro resultado que la pérdida del egoista i la ruina de sus hermanos. El peor mal que puede introducirse en un ejército es el de que cada soldado mire solo por su propio bien. En un ejército bien ordenado, cada uno mira por el bien de todos; unos a otros deben protegerse i defenderse: todos no deben pensar en otra cosa que en destruir por completo al enemigo. La union trae la fuerza i la victoria, porque escrito está que todo reino dividido será desolado (10); i en otra parte: *Vae soli* (11). ¡Ai del que esté solo: que cuando cayere no tiene quien le levante.

No es solamente a los obispos i a los sacerdotes a quienes corresponde propagar la verdad, protegerla i defenderla. Tambien a los simples fieles, dentro de sus justos límites, incumbe esta mision: pues que no inutilmente los llama la escritura: *raza elejida, sacerdocio real, nacion santa, pueblo de adquisicion: para anunciar las virtudes de Aquel que los llamó de las tinieblas a la luz* (12). Sí, tambien los fieles deben predicar i celebrar la inmensa clemencia, sabiduría, paciencia, humildad i justicia, i demás virtudes de que Jesucristo dió tantos ejemplos en

(8) San Mateo, cap. X, v. 34.

(9) San Agustín, sobre el salmo 51.

(10) San Lucas, cap. XI, v. 17.

(11) *Eclesiastes*, cap. IV, v. 12.

(12) San Pedro, epístola 1.ª, cap. II, v. 3.

su vida i en su muerte; tambien a los simples fieles incumbe la obligacion de defender la verdad i trabajar por su propagacion.

Si en todo tiempo ha sido necesario que los fieles rodeen a sus pastores i secunden sus esfuerzos; si siempre han debido aunarse para atacar a los enemigos de la religion de la iglesia, de la sociedad i de la familia; si en cualquier circunstancia no han debido formar sino un solo rebaño bajo un solo pastor; nunca como ahora han sido tan necesarias estas cosas. Han pasado ya esos felices tiempos en que los grandes príncipes comprendiendo su mision i sus intereses i la órbita dentro de la cual debian ejercer su actividad, decian a los obispos: *Vosotros no debeis ser juzgados por los hombres, vosotros a quienes Dios dió la facultad de juzgarnos a todos. A Dios, pues, debeis someter vuestras diferencias i unirlos para deliberar sobre los puntos de fé* (13). Hoi los gobiernos impotentes para gobernar las multitudes que hacen i deshacen de ellos a su antojo, léjos de buscar apoyo i estabilidad en la religion i en la iglesia, olvidándose de cuanto a estas les deben, se vuelven contra ellos para despotizarlas i esclavizarlas. Han hecho alianza con todos los errores i todos los crímenes para borrarlas de la haz de la tierra, sin acordarse que una i otra descenden del cielo; que su perpetuidad está garantida por el mismo Dios; i que *si un individuo puede ser irreligioso, la familia i la sociedad no lo serán nunca* (14).

Los enemigos del catolicismo i de sus instituciones no omiten medio ni recurso alguno para difundir el error, estraviar la intelijencia, corromper el corazon de la juventud, los secretos conciliábulos, el periodismo, la escuela, la beneficencia i hasta la conversacion familiar son otros

(13) Respuesta del gran emperador Constantino a los obispos reunidos en el concilio de Nicea. César Cantú, *Historia Universal*, edicion de 1873, tom. II, páj. 629.

(14) Balines, *Protestantismo comparado con el catolicismo*, tom. I, cap. II,

tantos medios de que se valen para llegar a su fin. Pues bien, valgámonos de esos mismos medios para defender la verdad i propagar el bien. Reunámonos en asociaciones bajo la direccion de los obispos, fundemos periódicos, cuyo lema sea la libertad en el órden i el órden en la libertad; establezcamos escuelas, cuya base sea Dios i las enseñanzas católicas; ejerzamos la beneficencia de que habla el evangelio, i que al par que socorra las necesidades del desgraciado, lleve la luz a su intelijencia, i cure las heridas de su corazon; en una palabra, que nuestras limosnas, al par que corporales sean tambien espirituales; valgámonos de la conversacion familiar, siempre en defensa de la verdad, siempre en defensa de la iglesia, de la religion i de su culto. I tóngase presente que al hacerlo así, ejercitamos un perfectísimo derecho: la razon i la justicia están de nuestra parte. Mas aún, cumplimos con una obligacion: socorrer al necesitado es una necesidad de nuestro corazon.

El espíritu de asociacion domina todas las clases de la sociedad. Véanse por doquiera sociedades de socorros mútuos, sociedades médicas, sociedades de abogados, sociedades literarias, sociedades mercantiles, etc. I los individuos que tales asociaciones establecen i protejen, hacen mui bien: manifiestan conocer la naturaleza humana. El hombre aislado puede mui poco; reunido en sociedad puede mucho.

De este modo se forman los grandes capitales para la realizacion de gigantescas empresas; así los individuos comunican a otros las ideas que habian adquirido i reciben las que ignoraban; se descubren i se allanan las dificultades; así se vencen los obstáculos que parecian insuperables; así con monedas de poco valor se forma una fuerte suma que mas tarde tenderá una mano protectora al artesano débil i achacoso que poco antes era una naturaleza robusta.

I cuando los individuos se asocian con el fin de reunir

medios para evitar que la miseria haga desesperante su débil vejez; cuando los hombre se reunen para proteger la industria, las artes, las ciencias, ¿no se asociarian los católicos en defensa de los derechos mas sagrados, en proteccion de los intereses mas queridos? Ponerlo en duda seria hacer una injuria a la razon i al buen sentido.

Al echar una mirada escrutadora para examinar lo que sucede en la sociedad, mucho debemos temer que algun dia se nos apliquen aquellas palabras del evanjelio: *Los hijos de este siglo* (los mundanos) *son mas prudentes que los hijos de la luz* (los católicos) (15). Aquéllos, en efecto, se reunen, estudian, combinan, maquinan halagan o censuran, ruegan o amenazan, tienden una mano protectora o intimidan con la miseria; ponen en juego todas sus artes i artificios para la realizacion de sus proyectos; i los católicos ¿serian menos hábiles, menos activos cuando se trata de los bienes que no terminan con el tiempo; cuando están de por medio los intereses de la relijion; cuando se tiene en vista una vida enteramente feliz o enteramente desgraciada? La respuesta a esta pregunta está en el ánimo de todos.

Detados de ideas nobles, de sentimientos jenerosos i de un corazon agradecido, no podemos permanecer indiferentes espectadores de los esfuerzos que hacen ciertos hombres i determinadas sociedades para descatolizar al pueblo chileno, socabar los fundamentos de la relijion i desprestijiar las enseñanzas de la iglesia.

No olvidemos que vendrá un dia en que tendremos que dar cuenta, no solo del mal que hemos hecho, sino tambien de los bienes que por negligencia hemos dejado de hacer.

Atravesamos, sin duda, tiempos escepcionales. Los gobernantes han olvidado sus deberes; i en lugar de ser los protectores de la fé i de la iglesia (16) se han convertido

(15) San Lucas. cap. XVI. v. 8.

(16) Concilio de Trento, sesion 25, cap. XX. de Ref.

en sus enemigos, manifiestos unas veces, i otras zelapados. Agrádales hacerse rodear de cortesanos descreídos i sin honor que aplauden la usurpacion de los derechos de la iglesia; i cuando los obispos, defendiendo los derechos de ésta, les dicen, como el gran Osio de Córdoba a Constantio: *Dejad de escuchar a calumniadores, i no intentéis dominar la fé por medio de la violencia. Acordaos que sois mortal, i temed los juicios de Dios. No os mezcléis en los negocios eclesiásticos, no trateis de darnos órdenes en este punto; sino seguid al contrario nuestros consejos. Dios os confió el gobierno del imperio, a nosotros el de la iglesia; i así como se opondria al orden de Dios el que atentase a vuestro poder, así vos no podeis sin cometer un crimen usurpar la autoridad que pertenece a la iglesia* (17); se irritan, amenazan i persiguen. Acostumbrados a no tener mas lei que sus caprichos, ni otros consejeros que sus aduladores i sus pasiones, les parece cosa intolerable e insulto inaudito que alguien se atreva a hablarles el lenguaje de la razon i de la justicia.

¿Qué diques oponer a torrentes tan destructores? No otros que el de la accion colectiva de los buenos católicos. Sin ella el individuo se acobarda, se anonada, desiste de la empresa por buena que le parezca; i el despotismo se convierte en tiranía, crece la audacia de los malvados, se disuelven los vínculos sociales, aumenta la corrupcion i perece la inocencia. La accion colectiva da fuerza, vigor i enerjía: es el refujio de los débiles contra los poderosos, el asilo de la inocencia, el sosten de las nuevas ideas, la mas firme base de las buenas instituciones, el recurso mas eficaz para remediar las necesidades físicas, intelectuales morales i el medio mas poderoso para enfrenar la audacia de los descreídos i tener a raya la tendencia usurpadora de los gobiernos.

Estos, en efecto, tienen sus miradas fijas en la multi-

(17) Receveur, tomo III, lib. 8.

tud. Pues bien, sepan que hai una multitud de católicos dispuesta siempre a respetar i defender los derechos de la religion i de la iglesia, a defender la inocencia, a obedecer las leyes que están conformes a los eternos principios de la moral, a aplaudir los actos buenos; así como no trepidarán en llamar tiranía la usurpacion del poder, en protestar contra las leyes injustas i en perseguir el vicio endonde quiera que se encuentre, siquiera se halle vestido con el ropaje de púrpura; sepan que forman una verdadera rejon tebana, dispuesta a sacrificarlo todo, sin exceptuar la propia vida, con tal de no desagradar a su Dios, ni violar sus santas leyes.

Además de los motivos espuestos, i de las razones indicadas en favor de esta clase de asociaciones católicas, tenemos una autoridad mui poderosa, i que, no lo dudo, debe hacer mucha fuerza en todo corazon verdaderamente católico, cual es la autoridad del venerable i augusto pontífice, que actualmente, con mano firme, frente serena i mirada fija en el cielo, gobierna la nave de Pedro, en medio de un mar borrascoso que amenaza sumerjirla en sus encrespadas ondas; sin que hasta ahora haya naufragado esa nave; i estamos seguros con seguridad infalible que jamás naufragará.

Pues bien, el jerarca supremo de la cristiandad mas de una vez i en circunstancias bien solemnes ha recomendado a todos los fieles esta clase de asociaciones, como uno de los medios mas eficazes para combatir ese diluvio de errores i de males que aquejan al individuo, a la familia i a la sociedad. I esa autoridad debe ser oída, debe ser respetada, debe ser obedecida, sino por otros muchos títulos, a lo menos por los respetos que se merecen una virtud heroica, una prudencia esquisita, un profundo conocimiento del individuo i de la sociedad, un juicio recto, un corazon magnánimo, un vivir en continua inmolacion por la salud de sus hijos.

Bien lo sabeis, señores: uno de los principios favoritos

del catolicismo ha sido proclamar siempre i en todas partes la *unidad* en la fé i la *union* en todo. I esto ¿por que? Estos dos principios, ha dicho el gran publicista Jaime Balmes en su excelente obra de *El protestantismo comparado con el catolicismo*, «tienen entre sí una correspondencia íntima; porque si bien se mira, el uno supone la desconfianza en el entendimiento del hombre, el otro en su voluntad i en sus medios individuales. El uno supone que el hombre no se basta a sí mismo para el conocimiento de muchas verdades, el otro que es demasiado veleidoso i débil para que al hacer el bien pueda quedar encomendado a su inconstancia i flaqueza. I ni uno ni otro hacen injuria al hombre, ni uno ni otro rebajan su dignidad, no hacen mas que decirle lo que en realidad es, sujeto al error, inclinado al mal, variable en sus propósitos i escaso en sus recursos. Verdades tristes; pero atestiguadas por la esperiencia de cada día; i cuya explicacion nos ofrece la relijion cristiana, asentando como dogma fundamental la caída del linaje humano, en la prevaricacion del primer padre.»

Guiada por estos principios la iglesia, siempre ha fomentado la asociacion para realizar las grandes empresas; i esta union al par que consigue el fin que se propone, es un incentivo poderoso para hacer entrar en el recta camino muchas inteligencias extraviadas. Vedlos como se aman decian los jentiles, al mirar estrechamente unidos a los hijos de la Cruz; i esto solo bastaba para hacerlos renunciar el culto de los ídoles i abrazar la relijion del Crucificado.

Demos una ojeada a la historia de la iglesia i nos convenceremos mas i mas en esta verdad. El error serpentea por todas partes, las costumbres se han desviado de las enseñanzas evangélicas.

Pues bien: reúnen los jefes de la cristiandad, oran e invocan las luces del Espíritu Santo, i asistidos con ese auxilio divino, encuentran los medios para vencer el error,

i recursos poderosos para contener el torrente devastador de la corrupcion i restituir la pureza de las costumbres. ¿Hai una gran necesidad que satisfacer? No faltará un hombre de Dios que allá en el retiro i en la soledad, lejos del bullicio humano, concebirá la idea de satisfacer esa necesidad, i asociado con otros individuos encontrará los recursos para llevarla a cabo. Los concilios i las órdenes relijiosas son una prueba de estas verdades. En nuestros dias, en Francia i en España, en Italia i en Prusia, se ha hecho sentir la necesidad de las asociaciones católicas para destruir los pésimos frutos que el jenio del mal está produciendo por todas partes; i esas asociaciones se han establecido i pálpanse ya sus buenos resultados. Hagamos nosotros lo mismo i mai luego saborearemos los exquisitos frutos de las semillas que hubiésemos sembrado; i si la brevedad de nuestra vida no nos permitiese cosechar el fruto de nuestro trabajo, no por esto será menos nuestra satisfaccion. La idea del deber cumplido es siempre una satisfaccion para el corazon cristiano.

Ni nos deben imponer espanto la magnitud de las dificultades, la muchedumbre de los enemigos, ni la duracion de la empresa; que el Dios que cabalga los aquilones, domina las tempestades, sujeta los astros a leyes necesarias i pone barreras, que no traspasarán las embravecidas ondas del océano, estará con nosotros; i con su poderoso auxilio desaparecerán las dificultades, no tendremos para que contar el número de los enemigos, ni nos arredrarán las dificultades de la obra.

Los hombres del mundo acostumbran medir el valor de las empresas por sus resultados: el hombre de fé las avallúa por la rectitud del fin i la santidad de los medios. Sea recto nuestro fin, sean justos los medios de que nos valemos i Dios se encargará de hacer que la semilla produzca ciento por uno.

No quiero, señores, continuar molestando por mas

tiempo vuestra atencion. Estoy íntimamente persuadido de que vosotros, mejor que yo, estais penetrados de las ventajas que reportan a la sociedad así como a los individuos las asociaciones católicas para la realizacion de los fines indicados, i que vuestra esperiencia, sabiduría e interés por el bien de la iglesia, de la relijion i de la patria, ya os han sujerido los medios de que debeis valeros para obtener tan grandes resultados. No me lisonjeo de haber desarrollado una idea nueva; tampoco lo he pretendido. Al cumplir con el deber que me imponen los estatutos universitarios, he querido solo valerme de esta circunstancia para manifestaros una íntima conviccion de mi espíritu. Hélo manifestado, con toda claridad i franqueza, bien que sin adornos ni figuras retóricas, porque si estos sirven para embellecer los pensamientos i complacer el gusto, nada hai mas bello, ni que produzca mayor placer, que la verdad misma. La verdad viene de Dios i lleva a Dios: Dios es la fuente de toda belleza i la causa de los mas puros placeres. Fuera de Dios i de la verdad no hai belleza verdadera ni placer que satisfaga.

Secundemos, pues, los altos fines que Dios se ha propuesto en bien del individuo i de la sociedad. Al contribuir con nuestro contingente para la realizacion de esta grande obra, no nos domine otro pensamiento que éste: *Dios así lo quiere*; i este pensamiento llenará siempre de satisfaccion nuestra conciencia, sean cuales fueren los resultados; que al hombre de fé no debe halagar el brillo del buen éxito, ni desconsolar el desastre imprevisto.
